

Fragmento del libro -En el collado de las hierbas florecidas-

Paginas: 22-23-24-25-26-27-28

Entre las sombras (Cuento)

La noche llego de pronto como si nos estuviera observando entre las matas que crecen por doquier, me pareció que más de prisa que lo acostumbrado. Pude apreciar el silencio casi perfecto solo roto por el zumbar de los mosquitos, los ladridos y los siempre presentes disparos de las armas de fuego, más nítidos que cuando se mezclaban con los sonidos propios de los hogares; en esas primeras horas de incertidumbre remembré temores olvidados, los que permanecieron a mi lado y no me permitían sobrepasar las horas con mas serenidad. Todo había comenzado a más de mil kilómetros de aquí. Estaban reunidos los concesionarios prestadores del servicio, los sindicatos y los del gobierno.

Estoy seguro que la maniobra fue prevista y los efectos colaterales finamente calculados.

Interrumpieron el suministro eléctrico, destruyendo buena parte de las instalaciones de control y antes de ausentarse del país, alegando falta de garantías, acusaron a los trabajadores de sabotaje y para asegurarse que continúe la polémica, los despidieron. Esto, como era de esperarse, sublevó e los sindicalistas que para poner más presión, se establecieron en de rededor para evitar que alguien entre y restaure el servicio, bajo el lema "por el trabajo digno" y otras

proclamas menos esclarecedoras; con incoherente tenacidad y sufriendo idéntico padecimiento.

Esa mañana estaba sentado en el inodoro, mientras a pocas baldosas desde mi cómoda posición, reposaba un cubo plástico muy cercano a la pared. Allí permanecía a diario bajo una canilla, la que con pocas esperanzas trataba de llenarlo de agua con aquel disminuido chorro el cual como un hito de épocas veraniegas, se instaló silenciosamente un medio día y permanece fiel en este suburbio durante los doce meses del año.

Tras la interrupción de la electricidad el líquido cesó e invadió el ambiente un sonido gutural que huyó por las cañerías vacías hacia lo profundo de las paredes. A este episodio común siguieron dos gotas que me parecieron el tañer de un címbalo de agua y tristeza en el silencio sepulcral del baño, en esa mañana donde mi beta poética se hizo presente en el momento menos oportuno.

Al ver el recipiente a medio llenar recurrí a la principal reserva que estaba en la cocina, almacenada en cubos de plástico de distintas formas y medidas. Desde ese momento recomenzaba la acción de preservar el líquido hasta que el suministro se restableciera, lo que resultó ser un ejercicio casi cotidiano.

Mis vecinos, los que poseían albercas, seguramente tardaron más en darse cuenta, pero un par de horas después casi al unísono comenzaron a comprar agua mineral y luego todo tipo de líquido que sirviera para soportar la tediosa espera, como es habitual, a falta del suministro eléctrico tampoco había agua pues el bombeo se detuvo

y para peor de males esto hacia comprender que el problema era general, mas aun cuando al encender la radio no pude captar ninguna emisora local.

Aquí la noticia nos llevo a través de los altoparlantes que la municipalidad, que a su vez había oído las noticias de la radio policial y de las emisoras extranjeras; allí esgrimiendo sus obligaciones como si fueran sus derechos, recorrían los barrios avisando que se desconocía cuando llegaría la solución y que cada uno tenía que responsabilizarse por sí mismo y por su familia.

Pronto es el caos se generalizó, se interrumpió la llegada de todo tipo de productos comestibles y combustibles; los móviles policiales y las ambulancias consumieron lo poco que quedaba en las cisternas hasta agotarlas totalmente.

Los únicos elementos que permanecieron en las góndolas fueron los de limpieza y perfumería porque el resto fue literalmente arrasado por la población, que primero lo compro y luego lo saqueo impunemente, como si el hecho de que la situación era alarmante los habilitaba a cometer todo tipo de desmanes y ultrajes.

El éxodo no se hizo esperar, lentamente casi con angustia por abandonar los hogares, algunos en sus automóviles otros en los medios que disponían desde el amanecer partían hacia las lagunas y los ríos. Allí permanecían en las inmediaciones de los ojos de agua, en grupo apiñados por el miedo ante la inseguridad reinante. Esos lugares pronto fueron los centros de las epidemias, pues el líquido termino estando altamente contaminado. El cólera, el

Dengue, la gripe A, las hepatitis de todas las letras y otras enfermedades diezmaron a la población de manera alarmante.

Los grupos que se internaron en lo profundo del monte la pasaron mucho mejor pero fueron los menos, parece que quedarnos en las inmediaciones de lo que conocemos nos da más confianza aunque nos lleve a la muerte.

Permanecí en mi casa por muchos días custodiando mis pertenencias. Con el aceite de la cocina había construido algunos mecheros con los que me alumbraba. Dormía por las mañanas y por las noches vigilaba mi predio en la oscuridad y podía distinguir los movimientos de los merodeadores que recorrían los pasillos y en muchas oportunidades pusieron sus manos sobre mis picaportes tratando de asegurarse que las puertas permanecían cerradas, en otras golpeaban tratando de amedrentarme para que les abriera suponiendo que estaba dentro. Recorrían las ventanas arañándolas para asustarme y lo lograban. Adentro estaba con mis armas de corte temblando de miedo pero listo para darle muerte al primero que traspasara el dintel. Gracias a DIOS eso nunca ocurrió, se cansaban y luego de convencerse que no valía el esfuerzo que invertirían para saquearme se marchaban en grupo a los gritos como habían llegado. Bajo los muebles tenía muchas botellas plásticas las de ex gaseosas económicas, cargadas con agua que serian vaciadas para lavar los pisos en caso de cortes prolongados, pero como nunca se usaron, allí permanecían reservadas y con aspecto poco higiénico además del sabor a líquido estancado pero libre de

enfermedades.

Las racionaba para beber y para cocinar.

Al principio, mi perro y yo devoramos lo poco que había de provisiones en nuestra casa, por ultimo solo quedo harina algo amohosada, sal y bastante grasa y aceite.

Con las maderas de los cielorrasos de las casas aledañas, las que primeramente había sido destruidas, hacia fuego y asaba muchos trozos de masa, una especie de pan ázimo, una mezcla de emergencia y hastío algo duro al enfriarse, pero estaba bueno y cumplía con su cometido; por otra parte estaba libre de marcharme a donde quisiera, pero también me aferraba mis artefactos eléctricos inservibles, fotos antiguas de las cuales no recordaba los nombres de los retratados, libros viejos, pero por sobre todas estas excusas, lo vivido aquí e irrecuperable en otros espacios; allí permanecí atrapado en mis cavilaciones días tras días rezando por un absurdo y dramático cambio de situación hacia el ayer, donde se confundían mi existencia y mis anhelos poblados de pesadillas, remezones de tristezas y añoranzas por ese grupo de personas aun cuando no me relacionaba directamente con nadie, habitantes de mi entorno y formadores de mi cotidianeidad.

Los amaneceres y los atardeceres se confundían en mi conciencia algo desorientada y pasaba largas horas monologando con la monótona ración de silencio abrumador, pan duro y agua sabor a tiempo.

Ocho días después estaba solo en el barrio, ni los perros ajenos

permanecían en los aleros de las casas, el que me hacía compañía compartía mis vicisitudes y mis comodidades, parecía que eran suficiente porque nunca se alejó. Al pasar diez días ya estaba convencido que moriríamos allí mismo pues no había a donde ir y el olor a los muertos, animales domésticos suponía, emponzoñaba el aire y las reservas comenzaban a agotarse.

Por las mañanas recorríamos las casas abiertas en busca de mendrugo y algunas veces hallaba latas de pescado en conservas, harina o azúcar, algunos caramelitos en las cómodas de los niños ausentes; eso ya era un verdadero banquete.

Podíamos haber andado por horas, aunque en mi estado de debilidad hubiese sido un esfuerzo descomunal y tenía la certeza que no hallaría a ninguna persona, es más, solo los cuervos nos observaban desde lo alto. El amanecer del día dieciocho fuimos bendecido por una copiosa lluvia, que lavo la tierra y el aire de insultos y maldiciones, llenando todas las oquedades.

Para mi sorpresa cuando oscurecía distinguí el resplandor lejano que indicaba que en la ciudad la energía eléctrica había regresado. Me apresure al abrir una canilla, la sorpresa por algo que anteriormente no poseía ribetes especiales, ahora se convertía en un suceso magnifico, así el agua enlodada corría con timidez por la batea de cemento; este espacio de la cocina estaba atiborrada de trastos sucios y abandonados sin más.

La electricidad aun no llegaba a nuestro barrio porque los cables estaban cortados en varios sectores.

Antes del amanecer muchos de los vecinos, más conocedores de las nuevas noticias, volvieron a sus casas. A la mayoría las hallaron saqueadas, algunas destruidas porque los vándalos que también vivían en las inmediaciones las habían incendiado por envidia, porque estaban intoxicados con alguna de las infinidades de porquerías que inhalaban o simplemente porque son inadaptados y sin más.

Estas familias llegaron con sus ropas andrajosas y sus semblantes grises, no volvieron todos los que habían partido, algunos de sus miembros habían muerto por las epidemias o estaban desaparecidos. Un hombre que otrora fuera audaz en el arte de las negociaciones empresariales, se sentó en el suelo apoyando la espalda en la pared de su casa, allí carente de toda esperanza murió silenciosamente, como si el solo hecho de regresar había cumplido con todas las metas de sus vidas. Otros los que habían sido menos acaudalados arremetían contra la apatía y parecían combatir a los sucesos con más tesón que los anteriores, pero visiblemente faltos de fortaleza y fe.

Una semana después todos los servicios habían sido restaurados pero la tristeza permanecía en todas partes, ya no se oía música escapando por sus ventanas y con temor cerraban las puertas y postigos al oscurecer y permanecían callados y a oscuras.

Desde muy temprano con sus rostros enjutos deambulaban por los pasillos en busca de la ayuda social, la que era distribuida en forma de cajas con alimentos.

Fue ese mediodía cuando comprendí que solo yo quedaba como representante de nuestra antigua forma de vida, no me resignaba a descolgarme de mi utopía y asimilar sin otra esperanza esta realidad; La tristeza me embargo nuevamente así que cerré la casa y salí a caminar.

Di unos pasos con lentitud buscando la esencia antigua del lugar, sus aromas y colores.

A pocos pasos gire y vi a mi compañero de aventuras que me observaba con las orejas en alto desde el pórtico, solo basto que silbara llamándolo y con indudable voluntad corrió hacia mí. Juntos nos alejamos de allí por la callejuela a la vera de ferrocarril, hace más de diez meses.-FIN

=====